

Ciro Alegría Varona, la gracia impertinente¹

Ciro tenía un espíritu travieso y tierno; tenía el carácter, a veces, de un coro griego, pero en un anfiteatro desacomodado a su época; una especie de Tiresias criollo, muy nuestro: grave, impetuoso, apasionado, también irónico, y, a veces, vitalmente impertinente.

Lo conocí como mi profesor en la academia preuniversitaria de la avenida Cuba, antes de que él viajara a hacer su doctorado en Alemania (en Berlín, antes de la caída del muro); lo conocí más cuando regresó y fue Director de Estudios en la Facultad de Estudios Generales Letras y yo estaba por irme a Alemania; me hice amigo de él, de Ana y de sus hijos, especialmente de José Gabriel y Alicia, cuando regresé y asumí la Dirección de Estudios de EEGLL (en el Decanato de mi querido amigo Fidel Tubino). Y la amistad creció en los años siguientes, no sin arrebatos apasionados, porque Ciro podía ser un torbellino y un remanso.

Es un honor, para mí, colaborar en su recuerdo y voy a rescatar, para comentar muy brevemente, dos temas que nos vinculan con nuestro común interés por la estética y el arte. El primero es el interés por la tragedia (la griega, especialmente, pero también la de Shakespeare); el segundo es la estética misma, su naturaleza, sentido y pertinencia². No coincidimos necesariamente, pero nos cruzamos con provecho mutuo. Había algo muy especial al momento de conversar y debatir académicamente con Ciro: no era un tiempo de pasada, no era una prueba de sapiencia y lucidez. Había algo honesto y vital en el flujo de las ideas; no había solo cerebro, menos vanagloria, también había corazón y riesgo, entusiasmo.

Ciro se inclinó hacia Edipo y el reconocimiento trágico, y eso lo llevó a vincular la tragedia griega con sus otros temas vitales como la filosofía política y la ética, y con Hegel, claro. Yo me inclino más hacia Ajax, la *hybris* y el drama que conlleva la

¹ Agradezco especialmente las conversaciones que he tenido con Josimar Castilla para enfocar y modular el contenido de esta breve semblanza. Josimar fue el último tesista que se graduó con Ciro y su sustentación se realizó pocas horas antes de que Ciro viajara en diciembre último a Alemania. En esa sustentación, donde fui jurado, fue la última vez que estuve en el mismo espacio físico con Ciro.

² Ciro Alegría formó parte del Grupo de investigación en Arte y Estética de la PUCP, grupo al que yo también pertenezco.

aceptación de la radical incertidumbre humana, y eso me lleva al romanticismo, la poesía y una cierta noción de piedad respecto a la existencia.

Edipo, el desgraciado rey de Tebas, anda detrás de la verdad y, dice Ciro, en su introducción a la traducción que hizo del texto (y que ha sido publicada por la editorial Norma), “a cada indagación y conjetura que hace le salen al paso indicios de otra verdad extraña y sin embargo mucho más concerniente que la buscada, porque le habla del origen de la misma búsqueda, lo destruye como el buscador y lo revela como el buscado”. Edipo busca, tal como el filósofo; busca, en analogía con el filósofo, más bien. La búsqueda genuina es una tarea de revelación, una búsqueda incierta: la revelación de lo que ofrece la búsqueda es el destino del filósofo. Resolver el misterio, como Edipo ante la Esfinge, puede ser también el comienzo de una incómoda verdad. Tal es el desvelamiento que motiva el interés de Ciro por el carácter de la ironía; la ironía que implica pretender instaurar justicia y orden, pero develar, más bien, a cada paso, la violencia inmanente en la realidad ética.

En el drama de Edipo se desprende también el radical atrevimiento que está detrás de la pretensión de conocerse a sí mismo. Atrévete a saber, decía también Kant, otro de nuestros autores comunes y referente frecuente de nuestras conversaciones. Kant, sin embargo, no era un trágico. Conocerse a sí mismo, ese radical atrevimiento, nos lleva a nuestro segundo tema propuesto en esta semblanza. Nos lleva a su interés por el arte, pues a la base del más genuino arte se encuentra ese proceso de transformación liberadora, inesperada y libre; aquel que explota frente a tu nariz y no el mero y complaciente deleite social; a la base de esa transformación se encuentra también la responsabilidad estética, nos dice Ciro en sus *Adagios*; aquella que permite traspasar las apariencias para llegar al fondo de las cosas y que implica, demanda, afrontar activamente las causas de la extrañeza; ese sublime asombro que lo impulsaba en su gusto por el arte.

Y, claro, para terminar, un tal asombro nunca es fácil de armonizar con el mundo, pues requiere de esa especie de gracia impertinente que lo hacía a él tan ajeno a acomodarse a lo que llamaba la casa de muñecas de lo meramente estético. Aquí, en este momento, al hacernos sentir que habitábamos esta casa de muñecas, o que estábamos cómodamente instalados en esta jaula de oro, como también acostumbraba llamar a la estetización o academización de los conceptos; en estos momentos, digo, nos miraba con sus ojos

inmensos, fijos, y sonreía, con un tanto de humor y otro de atrevimiento. Y yo, yo, lo recuerdo y lo llevo en el corazón.

Julio del Valle